

## Capítulo XI

Los Niños Primero.

Como suele ocurrir con todo oficial naval, quedé encantado de San Diego, y una vez dado de baja me quedé aquí para concluir mi residencia. Fui aceptado en un hospital local, grande y privado, para terminar el primer año de residencia en Medicina interna que había sido interrumpido por la guerra. Desafortunadamente, yo no me sentía conforme en un hospital particular donde el residente no está en control del paciente, y esa situación hacía impropia la forma de enseñanza de la Medicina a la que yo estaba acostumbrado. Tomé la posición sólo como una situación transitoria debido al conflicto de Vietnam.

El 31 de mayo de 1970, un violento terremoto sacudió al Perú. El movimiento telúrico afectó un gran sector en el centro incluyendo a Huaraz, una de las ciudades en las que yo había vivido. Leyendo los diarios y escuchando las noticias me sentía muy afligido y yo quería hacer algo por mi país, especialmente ahora que era doctor. Había estudiado y me había preparado para ayudar a la gente en

necesidad, y aquí me hallaba en un lujoso hospital donde realmente no me necesitaban. Pedí permiso para viajar, y algo reluctantes me lo concedieron, pero como si de mi parte fuera un acto de irresponsabilidad. Perú es el país de mi nacimiento y yo deseaba ayudar, aunque eso no era comprendido. Una vez listo a salir, llené mi equipaje con medicinas, agujas y todo lo que médicamente pudiera ser necesario, pero todo para adultos. Para ese entonces mis pensamientos no estaban enfocados en los niños, porque mi entrenamiento fue más para adultos.

Viajaría al Perú después de varios años de ausencia y no lo hacía como turista sino con una misión, y quizá para enfrentar algunos riesgos. Una aerolínea peruana con la que había estado en contacto, planeaba auspiciar a un grupo de médicos y me ofrecieron un pasaje sin costo, siendo designado para estar a cargo de los doctores americanos. La manifestación de ayuda era masiva y el mundo entero estaba enviando grupos médicos, medicinas y provisiones.

Me dirigí al aeropuerto de Los Angeles con los miembros del grupo y abordamos el avión peruano. El peculiar olor de mi país natal estaba ya en el aire. Con mi mochila llena de medicinas me senté y mis pensamientos iban al país donde había nacido y que había dejado hacía trece años. Ahora era un doctor y yo había cambiado, pero mi corazón y mi alma estaban aún ligados con la gente pobre y los problemas de esa nación. Despegamos y a través de la ventana veía las luces de la gran ciudad de Los Angeles. Volamos por horas y a medida que nos acercábamos a Lima, ya sentía una sensación de tristeza y emoción. *El temor del pasado que yo había vivido, volvía a mí; estaba retornando para ver quizá la mayor catástrofe que nunca antes había visto en mi juventud. Al fin iba a hacer lo que había prometido, ¡ayudar algún día a mi país!*

El avión circundó la ciudad de Lima con su inolvidable y característica neblina grisácea y nublosa, tal como la había descrito el conquistador Pizarro. El aeropuerto estaba lleno de gente, mis padres estaban esperándome y este viaje significaba el punto final de un círculo iniciado años atrás.

A todos se nos atendió con rapidez en la aduana, y fuimos conducidos directamente a la sede del Ministerio de Salud en el centro de la ciudad. Todos los médicos voluntarios estábamos ansiosos de llegar a la sierra para ayudar en los lugares donde se había producido los mayores daños y en donde más se necesitaba de nosotros.

Lima se hallaba en un estado de pánico. El movimiento sísmico había sido tan fuerte, que aún la misma capital estaba siendo sacudida, a pesar de estar lejos del epicentro. Esperamos por horas para ser transportados. Yo no había dormido ni me había bañado y estaba impaciente por llegar a Huaraz o a cualquier lugar en el Callejón de Huaylas, al igual que los médicos americanos y otros equipos internacionales que también estaban ansiosos de llegar al área del desastre. Se podía ver en las calles gente llevando bolsas de vestidos, calzados, mantas y otras provisiones que traían al edificio del Ministerio de Salud. Fuimos conducidos por un agregado militar a una sala donde una “dama” daba la bienvenida a los extranjeros que venían para ayudar. Sin saberlo, me quejé ante esta “señora”, pensando que se trataba de una secretaria para urgirle que se nos diera transporte lo más antes posible, ya que “estábamos perdiendo tiempo con estas bienvenidas”. Ella se mostró muy amable y dispuso lo pertinente para el viaje, luego de disculparse. Más tarde vine a enterarme que aquella dama era la esposa del presidente del Perú, el general Juan Velasco. Me sentí avergonzado, pero ella probable-

mente sabía que nuestra intención era de llegar y ayudar tan pronto como fuera posible; *¡Al menos yo lo pensé así!*

Me despedí de mis padres desde el autobús y salimos con dirección a Huaraz, con el equipo americano, que ahora incluía algunos médicos franceses. El viaje fue sin mayores incidentes a excepción de la altura que produjo el conocido “soroche” a algunos y mareos a otros, agravados por los malos caminos y por los problemas digestivos debido a la no familiarizada alimentación del Perú.

Llegamos al puerto de Chimbote designado por el Gobierno como el centro de operaciones. Fuimos ubicados junto con otros médicos extranjeros y enfermeras de otros países en el estadio de la ciudad, como si fuéramos prisioneros. Los infantes de marina del portaaviones americano Franklin D. Roosevelt, vigilaban el área. Aquí estaba la misma rama militar en la que por algún tiempo hice mi servicio en la Armada americana.

Estuvimos en este lugar varios días esperando órdenes y asignaciones. Había bastante ayuda, pero no modo de transportarla a los lugares necesitados. Todos los caminos estaban inhabilitados y muy poca fuerza humana y provisiones podían ser movilizadas. Días después me presenté ante el comandante de la nave americana como un compañero de armas, *old navy hat*, y pude persuadirlo para movilizar a mi grupo en un helicóptero *Huey*, el más grande. Conseguí dos estudiantes de Medicina peruanos para que viajaran conmigo. Al fin, dejamos Chimbote. El ruido del helicóptero era ensordecedor.

Cruzamos grandes montañas y empezamos a volar sobre el Callejón de Huaylas. Podíamos ver ciudades enteras y pequeños poblados sepultados por el lodo y en algunos lugares sólo se podía ver la parte alta de las iglesias y las palmeras que parecían emerger

del barro. Miles de personas perdieron la vida, tal como lo dio a conocer la revista *Life*, en mayo de 1995:

*“Comparado al terremoto del año pasado en Los Angeles, que mató 60 personas y al pavoroso movimiento de enero en Kobe, Japón, con 5 000 víctimas. Veinticinco años de un día como hoy, el 31 de mayo de 1970, en el peor desastre natural que se registra en el Hemisferio Occidental, un terremoto en la zona occidental del Perú mató 67 000 personas. El movimiento sísmico de 7,7 grados en la escala de Richter (el terremoto de Kobe tuvo intensidad de 7,2 grados; el de Los Angeles, 6,8 grados) desató el sacudimiento de una masa gigantesca de hielo, rocas y lodo de los dos picos más altos del Huascarán, la montaña más alta del Perú. La terrible avalancha de 200 millas por hora barrió la parte norte de la ciudad de Yungay, borrándola del mapa y causando devastación en las ciudades vecinas”.*

No había mucho que hacer en áreas enterradas por enormes masas de barro. El problema estaba en las ciudades y poblados sobre las colinas que fueron golpeadas por el terremoto y no por las avalanchas. Llegamos a Huaraz y encontramos que había un numeroso grupo de médicos deseosos de salir a ayudar. Las autoridades querían que la mayoría de médicos extranjeros se quedaran allí donde habían servicios.

La ciudad estaba en desorden. El hedor de muerte, heridos, suciedad y confusión estaban por doquier. Parecía como si nadie coordinara las ayudas. Uno podía levantar su propia carpa y comenzar a trabajar a su modo. Me enteré de un lugar, llamado Huata, que estaba solicitando ayuda. No habían caminos, pero este lugar tenía heridos y necesitaba provisiones y médicos. Convencí al piloto del helicóptero para que nos llevara a ese lugar. Decidí viajar con los dos estudiantes de Medicina llevando ayuda. Ascendimos

sobre las altas cumbres de donde se podían ver las Cordilleras Blanca y Negra, llamadas así por la nieve perpetua en una cordillera y la ausencia de ésta en la otra. La vista era increíble, pero también podíamos ver la extensa devastación. El helicóptero se mantenía sobre los Andes negros, desprovistos de vida animal y vegetal. Era tanta la desolación del lugar que sentía en mi corazón un vacío. De lejos sólo se podía ver, apenas, una pequeña mancha de verdor en esa vastedad de la nada, era como un oasis en esta inmensa montaña de soledad. ¿Cómo podría vivir la gente ahí? Era como si vivieran sin propósito en la vida, nacían en el lugar, probablemente nunca dejaban el área y quizás morían en el mismo sitio. Era un poblado mayormente de indígenas que vivían una magra subsistencia y lo poco que tenían lo habían perdido con el terremoto.

El helicóptero descendió sobre un tramo de espacio que los niños usaban como campo para jugar fútbol. Cuando descendimos, la gente corría hacia nosotros como si fuera a asaltarnos. Salimos del helicóptero rápidamente, y mientras los rotores estaban aún en movimiento, pusimos todas las cosas en el suelo. El piloto americano de la nave dijo *Good bye, I'll pick you up in two days*. Tan pronto como el aparato partió, la gente comenzó a tratar de agarrar todo lo que habíamos traído. Empecé a actuar como un instructor de marinos y sacando mi correa, pude alejar a la gente. Subí a una cerca de piedra y expliqué que éramos médicos y estábamos tratando de ayudarlos, luego cuando la calma volvió levantamos nuestras carpas. Teníamos provisiones de raciones "C", así como frazadas, carpas y medicinas que eran productos sobrantes de la reciente guerra de Vietnam.

Hablé con el alcalde de la ciudad que poseía la única tienda en el área. Nos condujo a visitar el villorio. Estaba devastado. No que-



*Nos llevó a ver el poblado que estaba devastado. No había una sola casa en pie. Los adobes estaban amontonados entre los escombros.*

daba una sola casa en pie y los adobes se habían desplomado unos encima de otros. Los cuerpos habían sido retirados y ya sepultados, pero numerosa gente herida estaba esperando en la plaza de la ciudad. Empezamos a trabajar inmediatamente, entregando mantas, raciones y carpas. Nuestra carpa se convirtió en un hospital y estábamos ocupados todo el tiempo cuidando de los heridos. La gente comenzó a venir de las montañas más altas para ser tratada. Casi a cada hora, la tierra temblaba, algunas veces violentamente, y las sacudidas continuaban por las noches mientras dormíamos. En nuestras carpas, el suelo bajo nosotros se movía con un ensordecedor ruido. Nos imaginábamos que la tierra se abriría y caeríamos a las profundidades, pero al menos no habían adobes que cayeran sobre nosotros, que fue lo que causó más mortalidad.



*Inmediatamente nos pusimos a trabajar, entregando: raciones "C", frazadas y ropa. Nuestra carpa era como un hospital y estábamos ocupados todo el tiempo cuidando a los heridos.*



Perdimos el control de los días. Nadie venía ni salía de la ciudad ni aviones ni helicópteros volaban en el amplio cielo. Efectivamente, más tarde llegamos a saber que habíamos sido olvidados.

Un atardecer, un muchacho exhausto de caminar, llegó para decirnos que su padre se había fracturado una pierna quedando inmovilizado y sufriendo dolores. Le dije al joven que lo trajera para atenderlo, porque nosotros estábamos muy ocupados con los otros enfermos. El muchacho indicó que el camino era muy difícil y elevado en las montañas para traerlo, y sólo se podía llegar a caballo.

Discutí el caso con el alcalde, quien me prestó su caballo, “Napoleón”. Al día siguiente, a las cinco de la mañana salí con el mu-

*Inmediatamente saqué mis rollos para enyesar. Tenía tan poco material que debí utilizar ramas para estabilizar su pierna, aplicando el poco emplaste que tenía.*



chacho. El camino era una pendiente, tan inclinada que a veces el caballo no podía subir, era un terreno rocoso, raramente transitado y algunos tramos teníamos que hacerlos caminando. Horas después, llegamos a una choza de adobes caídos donde se hallaba un hombre echado con una pierna fracturada. Había estado incapacitado en cama, por aproximadamente seis días. Afortunadamente, no habían heridas exteriores o una fractura compuesta. De inmediato saqué mis rollos para enyesar. Me quedaba tan poco que debí recurrir a ramas para estabilizar su pierna y aplicar el poco emplaste que me quedaba. El enyesado quedó bien, al menos parecía sólido. El hombre estaba con dolor, pero no se quejaba. Tenía seis hijos y una pequeña parcela de tierra en este inhóspito lugar. Al salir para comer algo en la improvisada cocina fuera de la choza, pude ver la inmensa vista de cumbres blancas: el famoso Huascarán, de 22 000 pies de altura; el Huandoy, de 21 000 pies; y el nevado Huancarhuas, de 20 000 pies. La vista era tan impresionante que no pude sentirme triste por este hombre y su familia, tenían toda la naturaleza ante ellos. Esta dicotomía de la tremenda desolación y limpia pobreza con el exuberante paisaje en que vivían, me hizo pensar filosóficamente acerca de aquella gente cuando en mi viaje de regreso a la gran metrópoli de Los Angeles. Estuvimos en este hermoso lugar por un rato, gozando de la espectacular vista y permitiendo que “Napoleón” descansara. La subida a este lugar fue agotadora, pero el viaje cuesta abajo, sería más peligrosa por las piedras y los pasos inclinados. Nos tomó una cabalgata de casi el día entero para atender a este hombre.

*¡Subir a caballo aquellas altas montañas fue uno de los momentos más memorables de mi vida!* Me sentí recompensado por lo que había hecho, era como si mis esfuerzos para llegar a ser médico no fueran en vano, tan sólo por esta simple experiencia.

Ahora mis pensamientos giraban hacia el futuro y empecé a reflexionar en los propósitos de mi vida. ¿Haría esto toda mi vida? Pero por ahora yo tenía familia y el deseo por una especialidad. Era obvio que este país no tenía programas para ayudar a los pobres y a los indígenas. Nada había cambiado en los trece años desde que salí, por el contrario, algunas cosas habían empeorado o tal vez mi percepción de los contrastes eran más notorios.

*Los problemas del Perú están tan profundamente arraigados que uno se siente impotente para resolverlos. Uno podría concebir ideas de reformas sociales y exponerlas a la gente y al Gobierno; pidiéndoles que se unan y se ayuden el uno al otro. Sonaba tan fácil, pero era tan imposible de hacerlo.*

*Mientras soñaba despierto, a menudo me imaginaba dando discursos de cómo podría ayudar a mis compatriotas a pararse en sus pies, sin embargo al confrontarme con la realidad parecía como si estuviera escalando aquellas altas montañas, tan amenazantes e intimidantes. ¡Frustrado, miraba bajo el infinito del cielo azul la pureza de las cumbres nevadas y sabía que estaba en casa e incapaz de poder hacer mucho!*

Llegamos de regreso a Huata, donde nuestra carpa estaba cerca a un río. Estaba tan cansado que abrí mi lata de ración "C" de Vietnam, comí algo, y dormí cerca de la cascajeante corriente; respirando el aire puro mientras tenía pesadillas de esta devastación y de la triste situación de esta gente. Por ahora habíamos estado más de seis días en este sitio y habíamos curado casi a todos. Queríamos ir a otro lugar o ser reasignados, pero no teníamos contacto con el mundo exterior. Estábamos sin capacidad para conseguir movilidad. Dos aviones volaron sobre la zona, y les hicimos señas con nuestros espejos, pero probablemente no nos notaron. Tuvimos



*Llevábamos todo lo que podíamos y empezamos a caminar hasta el próximo poblado, donde fuera posible conseguir transporte. La siguiente villa tenía más verdor y también había mucha gente enferma que necesitaba ayuda.*

que enviar un muchacho fuerte para conseguir ayuda, pero ni siquiera escuchamos nada de él. Sin otro recurso que tomar, partimos a pie con lo que pudimos y nos dirigimos hacia la próxima villa donde era posible obtener movilidad. Este siguiente pueblo tenía más verdor y también muchos enfermos que necesitaban ayuda, de manera que armamos la carpa y empezamos a trabajar. Mientras tanto, enviamos a alguien para que nos consiguiera transporte. Pasamos unos días allí, y cuando no habían más medicinas, y nada más que hacer, apareció un helicóptero americano a recogerlos. ¡Nos sentimos aliviados! Yo estaba preocupado de quedar en esta área por largo tiempo y sin posibilidad de poder regresar a tiempo

a mi hospital en los Estados Unidos. ¡Entonces sí, estaría en problemas!

Rápidamente abordamos un pequeño y ruidoso helicóptero, esta vez sin nada de provisiones, y sólo lleno de recuerdos de aquellas gentes a quienes había llegado a conocer tan bien. *Con el corazón pesado y mis ojos humedecidos yo sentía como si estuviera dejando a mi familia. El dolor era aún más, porque esta gente quedaba sin futuro, y lo peor, era muy poco lo que yo podía hacer por ellos. ¡Era como atestiguar la inutilidad de la vida!*

Despegó el helicóptero y produjo una polvareda, como si fuera un ventarrón. A medida que la nave se elevaba, la gente se empequeñecía; movían sus manos haciéndonos señas de adiós y nuestros corazones se entristecían. *Mi alma estaba llorando por ellos; yo era como una piedra lanzada al aire, no sentía nada, sólo las vibraciones de los rotores. Los estudiantes peruanos de Medicina también estaban entristecidos, pero se mostraban estoicos. Ellos estaban más en contacto con la realidad, ¡y esto era parte de la vida en este país!*

Me alegré al hablar en inglés con el piloto. Era un veterano de Vietnam y sabía que recientemente yo había sido un teniente de la Armada americana. *¡Él no podía visualizarme en esta dualidad de mi vida; de mestizo y americano, especialmente en estos lugares!* Nuevamente, viajábamos por el corredor del valle y podía ver cómo las pequeñas ciudades estaban siempre en las laderas de los ríos que bajaban de las altas lagunas. Esos lagos, como los grandes diques hechos por el hombre, podían quebrarse en un terremoto y sepultar pueblos en su curso.

Llegamos a Chimbote, muchos de los voluntarios que dejamos, todavía estaban ahí, prestos para salir a ayudar, y sintiéndose quizás resentidos de nuestro viaje.

Esperamos unos días en este pequeño campo de concentración de médicos, enfermeras y otros ayudantes. Después salimos a Lima en un avión de la Fuerza Aérea Peruana. Ahora tendría tiempo para estar con mis padres. La capital como siempre no había cambiado, aunque la población indígena y mestiza parecía haberse incrementado. *Los criollos mantenían su mentalidad despectiva hacia la gente de las serranías, aunque el terremoto hizo que se dieran cuenta de que los indígenas existían en aquellas inhóspitas áreas, ¡y por unos días, el espíritu de ayuda unió al país! Sin embargo, se necesitarían muchas catástrofes para que esta dividida nación aprendiera a respetarse, y ayudarse el uno al otro en tiempo de paz y no sólo cuando ocurren desastres naturales.*

*Durante mucho tiempo, casi por todos los años que puedo recordar; mis constantes pensamientos han sido en —cómo— poder ayudar a mi país a unirse para luchar por una causa común y borrar el pasado que tanto obsesiona a todos los peruanos.*

Cada persona tiene una forma de hacer frente a los problemas de injusticia social y discriminación. Algunos niegan completamente su origen ancestral, aunque ellos son hermanos de los oprimidos. Otros tratan de alejarse del pasado con pensamientos mal interpretados; como algunos que burlonamente expresan que los problemas del Perú pueden ser solucionados: “eliminando a los indios”. Otra solución, que incluso se escucha fuera del Perú, es que el país es controlado por unas cuantas familias adineradas u oligarquías, y si ellas fueran eliminadas, los problemas del Perú, serían resueltos. *¡Éstas son desesperadas formas de pensar!*

*Todos los sectores de la sociedad —indígenas, mestizos, negros y gente pobre o adinerada— son peruanos unidos por un lazo común de historia que data desde mucho antes de la llegada de los conquistado-*

*res, y ahora más que nunca los peruanos necesitamos el uno del otro. ¡Espero que con el tiempo se unan y puedan forjar una gran nación!*

*Desafortunadamente, la mayoría de estos desastres naturales ocurren en las sierras donde vive la mayoría de la gente indígena y Lima está tan alejada de los problemas de esta población del Perú, probablemente por su gobierno centralista o quizás por estar muy separada de la región andina.*

En lo profundo de mi corazón, yo sentía que estaba ayudando a mi país de origen aunque en forma pequeña y personal. Debido a mis circunstancias eso era todo lo que podía hacer. Era todavía, un joven médico en entrenamiento en una especialidad y con mi familia en crecimiento.

No obstante, mis pensamientos por el Perú han estado en mi ser en los más de cuarenta años de mi ausencia. Los inmigrantes que vienen de Europa, en su mayoría, son capaces de sacudirse de su pasado, casi tan pronto que llegan a los Estados Unidos. Ningún trastorno histórico o ancestral los persigue. Algunos de ellos tienen recientes memorias de injusticias, pero con el tiempo —como los años que yo he estado aquí— se olvidan y muy pocos recuerdan su lengua natal. Es precisamente esta incongruencia que ha hecho y aún me hace la vida un poco filosófica. He obtenido mi propósito profesional, he formado una familia, no tengo mayores problemas económicos y soy bien aceptado por la gente americana, *¡sin embargo, todavía hay una herida que no cicatriza en mi alma, y que me acecha cada día de mi vida; creando un continuo dolor espiritual que frustra mi felicidad y paz mental!*

Llegamos al aeropuerto militar y me encontraba en Lima, como si el terremoto no hubiera ocurrido. Mis padres y otros pensaban que lo que había hecho, fue más una pérdida de tiempo. Ellos esta-

ban preocupados, pero era poco lo que podían hacer. Querían que cesaran las noticias de la catástrofe, de manera que pudieran seguir con su existencia normal y a veces vegetativa.

Visité algunos hospitales y clínicas en Lima, pero no me sentí abrumado por su falta de facilidades comparadas con los centros de los Estados Unidos, incluso el Hospital de Saint Louis City. Veía doctores proveyendo cuidado en la mejor forma que podían, y a menudo con la preocupación de un buen samaritano. *Los médicos peruanos son altruistas y entusiastas, pero sus empeños humanistas son petrificados por los insuperables problemas sociales y la inhabilidad para hacer algo más en sus limitadas circunstancias. La dedicación de estos médicos no es apreciada por la gente o por el Gobierno, quizás porque sus esfuerzos son principalmente para aliviar el sufrimiento humano y no tiene nada que ver con la economía del país.*

Fui al centro de Lima para confirmar mi viaje de regreso y nuevamente veía menores de edad lustrando zapatos. Para mi modo de pensar, ellos ya no eran inocentes niños; eran inteligentes en el modo de vivir y capaces de hacer frente a las vicisitudes de la vida como cualquier adulto con instrucción. Sus caras bronceadas, sus ojos oscuros y sus manos y uñas sucias con betún, *¡esto era demasiado para mí!* Quería ayudar a todos, pero sólo podía hacer que me lustraran el calzado ya lustrado, y pagarles unas monedas más de lo que cobraban, *¡mientras me sentía abrumado y casi con lágrimas en mis ojos!*

*¡Creo que esos niños que están limosneando o trabajando en labores degradantes revelan el verdadero espíritu de un país. La existencia de ellos, es prueba del desdén de la gente que los ha “creado”, del Gobierno que “tolera” su existencia y finalmente de la sociedad que “permite” que eso suceda!*

En el nuevo aeropuerto sentí otra vez la familiar tristeza de separación. Quién sabe, si por última vez, o quizás volvería a ver la inimaginable soledad espiritual de este país. Afuera la gente pobre y los niños vendedores corriendo por todos lados. Aunque moderno, el aeropuerto tenía el peculiar olor a comidas típicas y las reliquias incaicas para venta, éstas me hacían sentir con un ánimo festivo. Abordé el avión, me ubiqué al lado de la ventana, y suspiré profundamente por la experiencia, *¡y esperaba que ésta no fuera la última vez que yo pudiera prestar servicios a mi madre patria en momentos de necesidad!*

Estaba ahora más decidido en seguir una especialidad como pediatría, y regresar a ayudar en mi tierra natal. *Volví ahora a mi*

*Fue en las montañas desiertas de Huata, donde decidí seguir la especialidad de pediatría; algo que yo nunca antes, había considerado.*



*adoptivo país, el benevolente y siempre justo "Uncle Sam", que aun con sus errores es todavía la cuna de sueños y posibilidades; un lugar para dejar atrás el anticuado y angustioso pasado. Esta tierra es como un magneto —"Uncle Sam wants you"— y uno también la quiere, aún, cada vez más. ¡Uno llega a ser parte de los Estados Unidos y requiere la fuerza de un titán para abandonarlo, e ir a otros lugares y naciones para crear y esparcir la mentalidad de esta gran nación!*

El avión estaba volando por muchas horas, cuando desperté de mi sueño que pareció haber sido una pesadilla. Estaba más triste al regresar, pero me sentía contento por lo que había hecho en esta primera misión, a pesar de que en el hospital dudaron de mis intenciones.

Volaba sobre Los Angeles, una ciudad con grandes edificios y árboles que se mezclan con el color del humo, donde no se ven montañas claras ni picos nevados, y tampoco se siente la soledad de las punas, aquí uno empieza a sentir el vacío entre la multitud de la civilización en ausencia de la naturaleza virgen. Yo no sabía por quién sentirme más triste, si por aquel peruano a quien enyesé la pierna fracturada en su choza de adobes en medio de una vista más imponente que la de los Alpes suizos, o por los pobladores que viven como hormigas en esta gran metrópoli de Los Angeles. *¡Qué dicotomía! ¡Qué ilusión!, tan difícil de explicar y tan fácil de aceptar. El viaje había terminado. Estaba de regreso a la realidad, y seguiría las enseñanzas que aprendí por experiencia en esta tierra de Uncle Sam: "Trabaja e ilumínate tú mismo y serás parte de esta gran nación".*

Regresé a casa. Abracé a mi esposa y a mis hijos. Estaba feliz porque esperaba que ellos sabrían apreciar mis logros algún día. Sentía que era humano. Aún podía hacer cosas por otros y eso es lo que siempre trataría de hacer. Mi depresión y tristeza duraron por

días. Mis pensamientos del Perú no se irían fácilmente.

En el hospital los doctores no estaban interesados en saber de mi viaje humanitario. Ellos estaban preocupados por sus programas y yo, en cierto modo, me sentía excluido. Si un doctor anglosajón hubiese hecho lo que yo hice, sería reconocido como buen samaritano, y entrevistado en las noticias de TV. *¡Pero, nosotros los mestizos indohispanos, no teníamos capacidad para hacer el bien y si lo hacíamos, era irrelevante. Tal es la dualidad de cada sociedad y uno debe tomar estos problemas en este contexto y seguir haciendo lo mejor!*

Ahora estaba preocupado por mi futuro en la Medicina. Aunque siendo un médico generalista con mucha experiencia obtenida en la Marina, incluyendo cirugía y obstetricia, yo estaba todavía algo confuso respecto a una especialidad. Originalmente había estado en un programa de cirugía, pero el conflicto de Vietnam había interrumpido ese empeño y perdí tres años de posible entrenamiento. Mi familia estaba aumentando y me sentía como un eterno estudiante. Gracias al viaje al Perú, decidí claramente sobre una residencia que serviría para llevar a cabo mis ideales. A través de mis estudios en la escuela de Medicina e internado me daba cuenta que la prioridad estaba en las especialidades de adultos, la Pediatría era una rama de la Medicina ligeramente tocada y muchas veces no deseada.

Mientras estuve en la zona del terremoto, me sentí tan inadecuado con la niñez, especialmente los muy enfermos. Más aún, las provisiones que llevé eran para adultos; no contaba con una sola aguja intravenosa para niños. Cuando llegué a Huata, Ancash, los niños eran los más numerosos y los pacientes más graves que tenía. Los adultos que estaban heridos nos decían; *“atienda a mis hijos y a los niños primero”*. Habíamos visto deshidratación, mala nutrición,

diferentes infecciones y otros casos severos. La mayoría de los enfermos eran los niños y sus muertes eran muy trágicas, tanto para nosotros como para sus padres. *Fue en las montañas desiertas de Huata donde me decidí por la Pediatría, una especialidad que nunca antes había considerado.*

En esos días, la mayoría de los jóvenes doctores querían “ser cirujanos” como el principal protagonista de la novela *No como un extraño*. A pesar de que yo quería seguir esta especialidad, me di cuenta que para mi futuro empeño de ayudar a la gente en estos países del Tercer Mundo, Pediatría sería la especialidad más necesitada y bienvenida. Puse todos mis esfuerzos en buscar una buena residencia en Pediatría. Ya no más trataría gente adulta, con la cual tan comfortable me sentía en curarlos. Estaría entrando en una rama de la Medicina completamente nueva, algo así, como empezando de nuevo y con muy poco uso de mis previos conocimientos y entrenamiento.